



Daniel Vidart (26 de octubre de 2012)

Palabras del antropólogo Daniel Vidart en el acto de retorno de los restos del General José Gervasio Artigas al Mausoleo de la Plaza Independencia, el 26 de octubre de 2012

Señor Presidente de la República, autoridades nacionales, representantes del cuerpo diplomático, queridos niños y muchachos colegiales, queridos ciudadanos uruguayos.

Hoy retornan a este Mausoleo los restos de Artigas. Son huesos, son polvo, son las cenizas de aquella gran llamarada de libertad que iluminó las tierras y pueblos rioplatenses con la vida y pasión del Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres. Todos los uruguayos que ayer fuimos orientales, y debemos seguirlo siendo en nuestros corazones rioplatenses, tenemos ideas más o menos claras acerca de sus luchas y sus pensamientos adelantados a su época. Y sabemos, también, de sus desaparecidos combates contra los españoles, contra el centralismo de Buenos Aires, contra los portugueses, contra el mostrador comercial montevideano y contra los jefes que, en los momentos de la derrota militar, desde sus propias filas, le dieron la espalda.

Artigas, el gran traicionado por aquellos contemporáneos que no lo comprendieron y despreciaron, ha sido reivindicado por los historiadores uruguayos y argentinos, en estos años cada vez con más fuerza, y han puesto de manifiesto las reales dimensiones de su figura de libertador y de pensador.

Artigas fue uno de los grandes conductores americanos que más generosamente comprendieron las desdichas de los humildes, las duras condiciones en que vivían los indios, las crueldades de la esclavitud padecidas por los africanos y las necesidades de quienes él llamaba “los mozos sueltos de la campaña”, sus fieles seguidores, víctimas del latifundio, en la injusticia social y los excesos de los poderosos. Son bien conocidos sus pensamientos, unos inspirados en las constituciones de los Estados Unidos de América y otros en las enseñanzas de Félix de Azara, un ilustrado español a quien acompañó en Batoví, en el año de 1801.



Ellos resplandecen, adelantándose a la cultura política de su tiempo en las Instrucciones del Año 1813 y en el Reglamento Provisorio para el Fomento de la Campaña y Seguridad de sus Hacendados, del año 1815. Sería bueno y oportuno que cada uno de los artículos de éstos documentos fundamentales, fueran explicados por los señores maestros y profesores a sus discípulos, que se comentaran ampliamente en clase, que se constituyeran en la memoria viva incluida en los programas de historia de los textos cívicos, siempre actuales, siempre vigentes.

Todavía queda mucho por hacer para que “la pública felicidad” -éstas son palabras de Don José-, favoreciera a los pueblos de la cuenca rioplatense y a los que aún sufren hambre, marginación y desamparo en los vastos territorios de Sudamérica.

Agradecido por el honor que me confiere nuestro Presidente, y obligado por una necesaria brevedad, dividiré mi exposición en tres partes. En la primera, recordaré la condición de las milicias populares que acaudillaba Artigas. En la segunda destacaré, en esta hora tan importante para la unión económica y el entendimiento político entre los países de nuestro continente, los pensamientos del Protector de los Pueblos Libres sobre la liberación de Sudamérica y la soberanía de sus nacientes naciones. Y en la tercera, destacaré algunos aspectos de su niñez y la constante, y no suficientemente reconocida, adhesión de los esclavos africanos y afro-orientales a su prédica y a su persona. Voy a utilizar, para ello, en lo posible, muy poco conocidas frases del propio Artigas.

“Los harapientos integrantes de la montonera”, “los tupamaros”, como los dueños del poder denominaban con desprecio a las tropas criollas de irregulares, es decir, a “los mozos sueltos de la campaña” y los devotos paisanos que lo seguían a sol y a sombra, fueron así retratados en una carta de Artigas al gobierno de las Provincias en el año de 1812. Palabras de Artigas: “Es un cuadro capaz de comprometer la humanidad hasta el exceso. La miseria no se ha separado de sus filas. Desde el principio, todo se ha reunido para atormentarlos y yo, destinado a ser espectador de sus padecimientos, no tengo ya con qué socorrerlos. No se puede expresar las necesidades que todos padecen, expuestos a la mayor inclemencia. Sus miembros desnudos se dejan ver por todas partes, un poncho hecho pedazos, liado a la cintura, es todo el equipaje de los bravos orientales.

Mil veces he separado mi vista de un cuadro tan consternante. He recurrido aún a la fuerza, pero mi resignación impone la ley de la ternura, y es preciso ceder. He sido testigo de las más tristes privaciones. La piedad, la compasión, sobran para exigir el



más pronto auxilio a favor de unos hermanos que compran su libertad al precio de sus infelicidades. La gloria de la patria es socorrer a tan ilustres defensores”.

Sin saberlo, aquellos muchachos valientes y decididos, cumplían con lo escrito muchos siglos atrás por Tucídides, un historiador griego, al reproducir palabras de Pericles, las que también pueden aplicarse a la figura de Artigas en éste momento: “La tumba de los grandes hombres es la tierra entera, de ellos no solo nos habla una inscripción sobre sus lápidas sepulcrales, también en suelo extranjero pervive su recuerdo grabado no en un monumento, sino sin palabras, en el espíritu de cada hombre”. Escuchemos éstas palabras y hagámos éstos propósitos, nuestros.

Dicho ésto, la siguiente frase de Pericles puede aplicarse tanto a la vida, luchas, pensamientos y sacrificios de Artigas, como la devoción y desinterés de los bravos orientales: los de Las Piedras, los del Éxodo, los de la intrépida, dolorosa, larga y desapareja patriada, los derrotados y desangrados por los portugueses y la traición de Ramírez. A esos criollos mestizos se sumaron los indios charrúas, los guaraníes misioneros y los negros libertos. “Gentes despreciadas, excluidas y de muy humilde origen, formaron las fuerzas del pueblo reunido y armado. Imitemos a éstos –decía Pericles, refiriéndose a los combatientes caídos con las armas en la mano-, porque la base de la felicidad es la libertad y la base de la libertad es el coraje.

¡El coraje, sí, muchachos uruguayos! ¡El coraje para defender la democracia y perfeccionarla! ¡Para reconocer nuestros errores y enmendarlos! ¡Para asumir las responsabilidades sin desmayo! ¡Para no traicionar ni a los ideales ni a los seres queridos, aunque ello nos exija a veces sangre, sudor y lágrimas! Y finalmente, el coraje constante para instalar, al precio que fuese necesario pagar, el imperio de la paz y la seguridad, puertas adentro y puertas afuera de este país heroico y, por ello, sagrado.

El coraje debe estar siempre presente en nuestras vidas, como me enseñaron en mi Paysandú natal, desde chiquito, los viejos tíos abuelos, cuchilleros desde siempre: “¡m’hijo, usted es sanducero, a no recular ni un tranco de pollo, aunque vengan degollando!”. Éste es todo un lema para el hombre, Artigas, y para toda su gente.

Y así debe ser, ya no en el terreno personal y sí en el colectivo, para ser buenos ciudadanos y buenas ciudadanas, para convertir nuestro amado Uruguay en una patria para todos, y disfrutada por todos.

Esa lección de coraje nos la dieron Artigas y los bravos orientales. No renunciemos, cueste lo que cueste, a esos valores de dignidad personal y ciudadana en defensa de



la justicia social, de la igualdad política y jurídica entre los seres humanos, sólo diferenciados por sus talentos y virtudes. Escuchemos esta muy poco conocida frase de Artigas: “No hay que invertir el orden de la justicia; mirar por los infelices y no desampararlos, sin más delito de su miseria. Es preciso borrar los excesos del despotismo. Todo hombre es igual en presencia de la Ley. Sus virtudes y delitos los hacen amigables u odiosos. Olvidemos esa maldita costumbre que los engrandecimientos nacen de la cuna”.

En ésta hora de América, que es tan latina en sus idiomas oficiales como india en sus raíces, negra en su legado africano y universal en tanto que generoso refugio de pobres y perseguidos, conviene transcribir algunos pensamientos de Artigas acerca de la imprescindible confraternidad y libre colaboración de los países que van desde el río Bravo hasta la Tierra del Fuego, e incluyendo los del Caribe, una vez rotas las cadenas de la dominación europea.

Decía Artigas: “Sean los pueblos libres, decidan su suerte y cualquiera que sea su resolución, nadie se atreverá de nuevo a violarlas. Ello será conforme al espíritu que respira la América, con la libertad de las ideas y la fijeza de su destino. Otra frase digna de recordar, cuyas palabras no parecen escritas en 1815 sino en éstos días: “Nosotros no debemos tener en vista lo que podemos respectivamente, sino lo que podrán todos los pueblos reunidos, porque adonde quiera que se presenten los peninsulares, será a todos los americanos a quienes tendrán que afrontar”.

Sustituyemos la voz de “peninsulares” por la que califica las intervenciones económicas del capitalismo salvaje globalizado, de los filibusteros de las finanzas, y estaremos pisando el suelo cenagoso de la actualidad mundial.

Y para terminar, vaya esta declaración de propósitos que jamás deberá ser olvidado por nuestros pueblos: “Desplieguense las ideas que harán feliz a América del Sur, sea ella libre de los extranjeros que la oprimen, desterremos de nuestro suelo hasta el polvo del antiguo despotismo y la posteridad, agradecida, reconocerá en sus bienhechores el mérito de su felicidad”.

Como antes había anunciado, y para terminar, les ofreceré a éstos niños y muchachos una breve semblanza de Artigas niño. Se crió hasta los 14 años aquí, en Montevideo, entre negros. Su ama de leche lo era y le cantaba canciones africanas para hacerlo dormir. Negros esclavos, tratados sin rigor e incorporados a la familia le contaban, al igual que los ancianos de la tribu africana a sus lejanos auditores, acerca de los pueblos



de la selva y sus costumbres, junto con las historias de los antepasados, llenas de mitologías hermosas y sorprendentes.

Sus íntimos y queridos amigos eran cuatro niños negros de su edad: Gonzalo, los angoleños Jerónimo y Francisco, y el inteligente y cariñoso Joaquín, que a mí se me ocurre que lo acompañó toda su vida y que, de pronto, no era otro que el Joaquín Lencina, el famoso Ansina, cuyos restos hoy yacen en la fosa común del pueblo paraguayo de Guarambaré. Al igual que el tío Antonio, que lo llevaba y traía a la escuela, el africano tío Peña, cuando se enfrentó con Muecas en Colombia y decidió plegarse a la Revolución de Mayo, lo acompañó hasta Paysandú, juntando por el camino negros cimarrones que formaron el primer ejército de la patria.

Unos 200 negros compartieron su destierro paraguayo, fundando los poblados de Cambacuá y Laboretí y fueron los negros Lencina y Montevideo, a no olvidarlo tampoco a él, sus ayudantes y compañeros.

Antes de dejar este mundo, a los 86 años de edad, pidió en su agonía que ensillaran el Morito, su caballo, porque quería morir montado y no en la cama. En ese momento, solamente Ansina estaba a su lado. Fue escaso el cortejo fúnebre, en el cual figuraban solamente seis personas, entre ellas Benigno López, el hijo del presidente, y el infaltable Ansina. Cargaron el ataúd de ordinaria madera en una carreta que, rechinando y dando tumbos, transportó su cuerpo al camposanto.

Hoy retornamos al rito mortuario, devolviendo a un Mausoleo oscuro las cenizas de aquella llamarada de libertad que fuera José Artigas. La urna está rodeada por los muchachos de su pueblo, un vivero de futuros gobernantes, de artistas, de científicos, de industriales, de obreros, de pensadores, de buenos y, ojalá, de bravos orientales. En su sarcófago sólo hay polvo pero, tras su memoria, respira, trabaja y sueña todo un pueblo.

“Del polvo nacimos y al polvo volveremos”, dice un libro sagrado. Pero el polvo de sus huesos merece ser exaltado con los versos finales de aquel soneto de Quevedo, que repetiré ante ustedes para dar final, ahora, homenaje personal de quien les habla, un descendiente directo que brinda a su querido antepasado, el más grande héroe civil y pensador político nacido en nuestra tierra, que él procuraba hacer más dilatada y rica, más llena de pueblos libres, soberanos y confederados.

Esto es lo que dice el aludido poema de Quevedo, que yo traspaso a nuestro Don José, padre de esta patria grande que, quienes recogimos la antorcha de sus ideales,



deseamos ver prosperar, más temprano que tarde, en esta tierra de América, su amada América del Sur.

*“Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que tan gloriosamente han ardido:
su cuerpo dejará no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.”*

He dicho

* * * * *